

Homenaje a Grau

por José Agustín de la Puente Candamo

(Discurso pronunciado en el Palacio de Gobierno de Lima el 27 de julio de 1984, en el sesquicentenario del nacimiento del Almirante Miguel Grau).

Los peruanos de diversas generaciones, aparte ideologías y tendencias, renovamos esta noche, 27 de Julio de 1984, sesquicentenario del nacimiento de Miguel Grau, nuestra gratitud y nuestro afecto al hombre que expresa las esperanzas y las ilusiones en los difíciles años de la guerra.

En la hora presente, igual que en 1879, Grau encarna el espíritu de la nacionalidad. Su nombre identifica al Perú.

Con el paisaje, con la familia, con los cariños iniciales, con el orden natural, con el idioma, con la fe religiosa, está vivo Miguel Grau en las primeras nociones de nuestra infancia.

El recuerdo, parte de nuestra vida y no memoria distante, nos dice a los peruanos qué le debemos a Miguel Grau.

Nuestra deuda —que ya es muy grande— no se limita a las hazañas navales, a las victorias insignes, y a las esperanzas de todos los peruanos que él encarna entre abril y octubre de 1879. Nuestra obligación con él es aún mayor. Le debemos un múltiple ejemplo de seriedad profesional, sin vanidades desdeñosas; de discreción en el tono de la vida; de cordialidad entre colegas y amigos; de vivísimo sentido de familia; de auténtica vivencia religiosa, sin ostentación ni ocultamiento; de dignidad en el lenguaje y la conversación, sin retórica innecesaria. En suma, nos deja la herencia de un talante generoso en la misma guerra, de su coraje, y de su espíritu sereno que jamás busca arrollar con la conquista y que gana el respeto del pueblo que nos lleva a la guerra.

Los peruanos vemos en Grau no sólo al señor del Pacífico Austral, en él vemos un modelo humano, a un testimonio de conducta limpia, que sin leyenda ni sonrojo podemos proponer a nuestros hijos.

Grau en su vida conoce a gentes que ganan la Independencia y en las horas de la guerra convive con los primeros años de nuestros padres y abuelos; nace en la década en la cual se afirma la navegación a vapor,

y muere cuando ya existe en nuestro medio la fotografía y la estampilla, el ferrocarril y el telégrafo.

Entre 1834 y 1879, aparecen dos retratos del Perú. En la década del treinta luchan por el poder hombres que ganan la guerra en la Emancipación y balbucea la vida republicana en sus primeros pasos. Son los días de La Mar y de Gamarra, de Orbegoso y de Salaverry, de Felipe Pardo y de Santa Cruz. Sus primeros años de Piura se desarrollan entre la guerra del Portete de Tarqui y la Confederación Perú-Boliviana.

Muere cuando ya se dibuja el Perú moderno que paga el tributo a la falta de respeto a las instituciones y a las normas legales, a la inestabilidad política y a la improvisación.

Con su amigo Manuel Pardo, con Ricardo Palma, con Cáceres, con Piérola, integra la generación de los hombres maduros en la guerra con Chile. Alfonso Ugarte, Elías Aguirre, Diego Ferré, Melitón Carbajal, pertenecen a una promoción más joven. Francisco Bolognesi, hermano en heroísmo sin la ilusión de la victoria, nace en las postrimerías del virreinato, en 1816.

Bolívar, muere cuatro años antes del nacimiento de Grau, y San Martín vive en Francia hasta 1850. Un año antes de 1834, muere Fernando VII, el Rey de la Independencia, y en 1838 se inicia el reinado de la era "victoriana".

* * *

Su retrato físico bien lo conocemos desde niños. Estatura mediana, normal; anchas espaldas; patillas densas y pobladas, rostro amplio. Su expresión, sosegada, serena. Delicado el timbre de su voz.

En el orden espiritual, es conversador y comunicativo, sobre todo con las gentes de su familia inmediata, con sus compañeros marinos y con sus amigos. No es hombre triste, pero sí sobrio y recatado en la manifestación exterior de sus sentimientos.

Su vocación es precisa y no ofrece equívocos. Su cariño al mar y su vinculación desde la infancia con el mundo marino en Paita, se mantiene toda su vida como las raíces de un árbol centenario. Marino mercante y marino de guerra, con experiencia en todas las faenas del mar, navega por rutas cercanas y rumbos exóticos, y gana junto con la formación profesional y académica una invalorable experiencia personal. A Grau no le entendemos si no decimos en primer término que es marino. Esta su vocación y su profesión.

Los despachos de Grau y sus ascensos; las comisiones de la Marina que desempeña; sus viajes largos y constantes; su defensa de las instituciones de la República; su participación en el Combate de Abtao; su defensa de la Marina nuestra; sus informes a la superioridad; su conocimiento minucioso de los derroteros de Perú, Bolivia y Chile; el dominio profundo del Huáscar, todo esto y mucho más nos habla del gran marino, no

obstante, en esta hora de recuerdos solemnes creo que es interesante acercarnos a Miguel Grau sin títulos ni funciones, al hombre que muere por su país en 1879.

El cumplimiento del deber es virtud que se advierte en la misma entraña de Grau y que explica su vida. El entiende la obligación de vivir con la mayor perfección posible las tareas que Dios pone entre las manos. Con sólida formación religiosa y moral, católico por el pensamiento y por la vida, sabe que realizar la vocación concreta que Dios advierte en cada hombre es el primer deber de la persona. Grau afirma una clarísima concepción ética y religiosa de la vida. El deber no es fruto de una física coacción externa, sino la íntima voz de la conciencia que reconoce un orden natural y una jerarquía de valores y tareas.

Esta visión del deber y de su minucioso cumplimiento es el quilate supremo de la vida de Grau, la explicación de toda su existencia y de todas sus proezas, es el secreto para conocer lo pequeño y lo grande de su vida.

El llega a la guerra bajo ese signo. Mariano Felipe Paz Soldán, el primer peruano que escribe una historia de la guerra del Pacífico, transcribe la opinión de Grau: "Es preciso que no forjemos ilusiones. El Huáscar es sin duda un buque muy fuerte pero nunca podrá contrarrestar a uno solo de los blindados chilenos, pues mientras aquel tiene una coraza de cuatro pulgadas y media y dos cañones de 300 libras, éstos tienen una coraza uniforme de nueve pulgadas y seis cañones de 250 libras. En cambio se hallan muy bien provistos en todo los buques enemigos frente a los nuestros, apesar de todo agregó, el Huáscar si llegase el caso cumplirá con su deber aún cuando tuviera la seguridad de su sacrificio".

Esta idea es capital; y es capital para entender no sólo la conducta de Grau, sino las razones del Perú para el ingreso de nuestro país a guerra tan infausta. Grau en su pequeño buque, en sus combates, y en sus correrías, no vive la ilusión de la victoria final que puede aliviar los momentos más tristes y ofrecer ilusiones y alegrías. El dijo en Lima, antes de partir en el mes de Julio de 1879 a un amigo cercano, me voy para no volver, y esta mañana he oomulgado en los Descalzos y estoy preparado para entregar mi alma a Dios. Explicó luego que el Monitor estaba en malas condiciones y con el casco sucio, lo que le quitaba las ventajas de su velocidad. Que se tenía la noticia de la próxima salida de un gran convoy chileno, con fuerzas para invadir el Sur del Perú y no había más que hacer, dijo Grau, que lanzarse al sacrificio.

La conciencia de nuestra debilidad no reduce el coraje, ni limita la decisión de luchar.

Las omisiones y culpas nuestras están en la línea de la falta de preparación militar y naval. Se pueden advertir las omisiones de una política internacional que no cuida con detalle las consecuencias del Tratado con Bolivia; hay pasividad que nos lleva sin advertirlo a los hechos consumados del verano de 1879.

Como lo expresa el Perú en la ocasión grave de abril de ese año, cuando Chile nos declara la guerra, nuestro país, y esto es importante que los peruanos de hoy día lo entendamos, acepta la lucha y la beligerancia por dignidad moral y sin voluntad, sin preparación para la lucha. Sin fronteras con Chile, sin conflicto directo con ese país, sin injuria que lavar, sin ambición alguna, no obstante conflictos en temas económicos y la permanente inquietud sobre el dominio del mar, la tradición nuestra de conciliación y de concordia en la vida americana, no se convierte de un instante a otro en ánimo arrollador, ni de conquista. Pocas veces en la historia se puede advertir en una guerra un origen más limpio. No es la voluntad del Perú conquistar un territorio; no es el afán de la gloria de un hombre; no es el empeño que pretende imponer una hegemonía política o un pensamiento. No existe en el Perú frente a Chile ni rencor, ni odio escondidos. Ingresamos a la guerra por fidelidad a un "tratado de alianza", y nuestra dolorosa falta de preparación, es prueba evidente, irrefutable, de como la guerra no era objetivo nacional.

Grau vive con plenitud este limpio y al mismo tiempo triste origen de nuestra guerra.

En carta a su esposa Dolores Cabero de Grau, del 8 de mayo de 1879, publicada hace pocas semanas, nuestro gran marino en una forma de testamento reitera con belleza el cariño a su señora y a sus hijos y reitera, igualmente, su clara noción de la guerra desigual y del cumplimiento del deber.

Bien entiende Grau en el desarrollo de la campaña marítima como de verdad encarna las esperanzas de todos los peruanos. Jamás en la historia del Perú, en nuestra historia milenaria, se ofrece un caso análogo.

El Comandante del Huáscar sabe que todos los cariños, todas las voces y anhelos de nuestra gente están en el pequeño Monitor. Sin embargo él no se envanece, le abruman los recibimientos con discursos y con música y cuando está en Lima, entre junio y julio de 1879, en su casa de la calle Lezcano, al recorrer la ciudad recibe el testimonio de la gratitud y la esperanza. En una circunstancia manifiesta que si los héroes son como él nunca han existido héroes en el mundo.

El 5 de setiembre de 1879, a sus amigos José Antonio Miró Quesada y Luis Carranza les expresa: "El vehemente deseo de servir a mi patria, con que hasta ahora he desempeñado las comisiones que se me han confiado, estaría satisfecho si estimase que en ellas he hecho algo más que cumplir estrictamente con mi deber".

En cartas a sus amigos, Elías, Barreda, Sotomayor, Canaval, Seminario, considera la sencillez de sus acciones y cree que no le corresponden mayores palabras de encomio.

Este mismo concepto del deber lo lleva a Miguel Grau a una guerra limpia inspirada en el servicio a la patria y nó en odios, ni en voluntad de exterminio. Un entretejido de serenidad y sobria actitud humana se descubre en el tono que imprime a la guerra en tanto que está al mando del Huáscar.

Se esfuerza por que la población civil no sufra desgracias mayores; no acepta la lucha con un adversario con débiles medios ofensivos; ordena a los tripulantes del transporte enemigo que abandonen la embarcación antes de disparar para hundirla; salva a los náufragos de la Esmeralda, en la hora de su triunfo en Iquique, y escucha el grito "Viva el Perú generoso" cuando los náufragos chilenos pisan la cubierta del Huáscar; a su cuñada Manuela Cabero de Viel esposa del marino chileno Oscar Viel, Comandante de la Chacabuco, le dice: "te aseguro, querida hermana, que cada día estoy más contrariado por no verle todavía el término a esta guerra que yo siempre he considerado y considero hoy mismo como fratricida o guerra civil".

Y el mismo espíritu y el mismo valor moral le permiten a Grau enaltecer el coraje del jefe adversario y enviarle los recuerdos más significativos a la viuda de Arturo Pratt. Y su generosidad, hay que reiterarlo, aunque parezca innecesario, no es mansedumbre equívoca o falta de decisión para la lucha. Su actitud se apoya en el respeto que le merece la vida del hombre y en la convicción de una guerra presidida por el deber y nó por el odio.

Muerto Grau, la guerra cambia de signo. Además, en tanto que navega en el Huáscar, los chilenos no pisan territorio nuestro y Grau domina la escena.

Son ciertas y bellas las palabras del historiador venezolano Jacinto López, que todos conocemos, mas creo que es útil renovarlas esta noche, en esta circunstancia solemne.

"El Huáscar prestó al Perú, dice López, servicios incomparables, él solo hizo la guerra naval, él solo protege al Perú contra la invasión, él solo hizo la obra de una escuadra. Este es el interés y la lección de esta historia, esta es una epopeya como la de Independencia, este es el pedestal de Grau y la gloria del Perú, este es el milagro de la guerra naval en la guerra del Pacífico".

Miguel Grau, que no sufre la concupiscencia del dinero ni la concupiscencia del poder, vive entre elogios abrumadores sin perder su sencillez habitual, sin olvidar a sus amigos, sin asumir solemnidades pueriles y sin retirar su mirada y su afecto de su mujer y de sus hijos.

Esta es otra línea maestra en la personalidad de Grau. Su heroísmo en Angamos no es un instante luminoso frente a una vida gris o contradictoria. Su muerte en la mañana del 8 de octubre de 1879 es como el perfeccionamiento final de una existencia dedicada al cumplimiento del deber. En lo pequeño y en lo grande, en lo doméstico, y en las singulares faenas de la guerra.

A sus amigos les agradece el elogio reiterado o el obsequio de un dulce o de una prenda de vestir; a otros les agradece el apoyo para el ascenso a Contralmirante, y a todos les muestra su interés en diversas circunstancias particulares.

Sin duda, las cartas a su esposa, entre mayo y setiembre de 1879, son

el mejor camino para conocer a Miguel Grau Seminario en su contorno humano esencial.

“Como la vida es precaria —dice Grau en la bellísima carta del 8 de mayo— en lo general, y con mayor razón desde que vá uno a exponerla a cada rato, en aras de la patria, en una guerra justa, pero que será sangrienta y prolongada, no quiero salir a campaña sin antes hacerte por medio de esta carta varios encargos; principiando por el primero, que consiste en suplicarte me otorgues tu perdón por si creyeras que yo te hubiera ofendido intencionalmente. El segundo, se contrae a pedirte atiendas con sumo esmero y tenaz vigilancia a la educación de nuestros hijos idolatrados, para lograr este esencial encargo debo avisarte, ó mejor dicho recomendarte que todo lo que dejo de fortuna, se emplee en darles toda la instrucción que sea posible; única herencia que siempre he deseado dejarles. Esta es pues mi única y última voluntad, que te ruego encarecidamente observes con religiosidad; si es que la súplica de un muerto puede merecer algún respeto”.

El 29 de mayo, desde Iquique, ocho días después del gran combate, envía “mil caricias” a sus hijos.

“Aconséjales constantemente y díles que no olviden de cumplir lo que me han ofrecido de estudiar con empeño y manejarse bien tanto en el colegio como en la casa” . . . “no dejes que los niños salgan solos a la calle y pocas veces a la puerta de la calle”.

Prosigue: “sería conveniente que dieras de cuando en cuando tus vueltas al colegio para que te informes de el adelanto y conducta de los muchachos”. Y se preocupa por el hijo de una empleada de su casa.

No olvida decirle: “Saluda a todos los que pregunten por mí”.

Más tarde, el 8 de setiembre, le expresa su preocupación por la irregularidad de la correspondencia, “yo sigo disfrutando de completa salud, y sin más contrariedad que no es poca, de no tener el gusto de verte para decirte lo mucho que te quiero y extraño”.

“Avísame si te falta dinero para el gasto de la casa, y si te ha mandado ya Alfaro el otro mes de sueldo”.

“A Enrique después de saludarlo, dile que espero que se esté portando bien, y estudiando con provecho para complacerme y estimulándome a que lo premie. A Oscar y Ricardo díles lo mismo, y en general hazles a todos ellos mil cariños a nombre de su papá”.

. . . “También te suplico saludes a todas las personas que te pregunten y tengan interés por saber de mí”.

¿Cuánto nos dicen los fragmentos de estas cartas, que Grau, sin duda, verá con simpatía que los recordemos esta noche, en el primer solar de la república, y al lado de sus descendientes?.

Está presente la serenidad en momentos especialmente dramáticos, que permite ver con la mayor amplitud los deberes y los cariños. Y está presente la inteligencia y la voluntad y el criterio de un hombre cabal que desarrolla todas sus tareas sin violencia ni atolondramiento.

Y Grau, que se forma en la vida dura del mar y que está cerca de hombres sólidos y de consejo que lo ayudan a fortalecer su personalidad, nunca pierde sencillez, ni las metas centrales de su vida, ni su dominio personal.

Qué pequeñas, diminutas, vería desde el Huáscar la vanidad, las ambiciones, las rivalidades.

* * *

Grau, que conjuga sangre peruana con sangre colombiana nos ofrece otra lección para la hora presente de nuestros pueblos. El entiende la unidad, la historia común y plural de hispanoamérica, "conjunto de particularidades sobre un fondo cultural común".

Luego de la transitoria cuádruple alianza en la guerra con España, en un bello testimonio, enaltece la importancia de la Marina y habla de la unión de nuestras repúblicas. Más tarde, sufre de manera redoblada la guerra con Chile que la entiende como una lucha entre hermanos.

El conocimiento histórico, sin olvidar años de terribles luchas, dolores e injusticias, debe apelar a las raíces de una historia común, de una secular vida semejante que señala una vocación común, mestiza, occidental y cristiana, a nuestros pueblos.

En un esfuerzo de ascética cívica, con la veneración que nuestros muertos y héroes merecen, y con el emocionado entrañable cariño que merecen nuestros recuerdos, debemos comprender con nobleza, como lo hace Grau en horas terribles, el origen común de nuestras nacionalidades, y la forma de vida que en las grandes cuestiones del hombre y de la cultura, también es común.

¿Qué nos diría hoy Miguel Grau a los peruanos, si estuviera físicamente presente en nuestras calles y en nuestros buques?.

Nos reiteraría, sin duda, su enseñanza permanente de servicio al Perú, sin egoísmo, vanidad o capricho personal; nos diría que la moralidad en la vida privada y en la pública es el primer deber de todo ciudadano; nos exigiría respeto a las instituciones y a las leyes de la república, que él vivió con esmero; nos recordaría la dimensión religiosa de nuestra vida; nos pediría que no olvidemos el estilo peruano discreto y sobrio contrario a la violencia, y que anhela la concordia; nos explicaría que el sufrimiento y el dolor descubren y fortalecen la idiosincrasia del hombre y de los pueblos, y que no deben ensombrecer el cumplimiento de los propios deberes; nos reiteraría su creencia en la unidad espiritual e histórica de hispanoamérica; nos diría a los padres y les diría a nuestros hijos que debemos afirmar y defender a la familia, meollo irremplazable de la sociedad, con el mismo cariño y con la misma entrega que él dedicó a los suyos; nos diría, en fin, que la derrota de nuestra guerra de 1879 es una desgracia severísima, mas nunca motivo de vergüenza, y que debemos vencer todo germen

de pesimismo y estimular el esfuerzo para servir con empeño indeclinable a la República.

El trabajo, la honestidad, la inteligencia, el ánimo de servicio de nuestros hijos y nietos, bajo la mirada de Dios, fortalecerá y perfeccionará al Perú de las próximas generaciones y de los próximos siglos.

Se transformará el paisaje, la geografía ganará nuevos contornos y accidentes, aparecerán nuevas ciudades y otras perderán vida, se diseñarán nuevos caminos y el hombre verá perplejo técnicas insólitas; el lenguaje se enriquecerá con nuevos sustantivos; cambiará el rostro de la gente, más, fuera y aparte, virgen, impoluta —como un cristal perfecto— permanecerá la gloria de Miguel Grau.

Los peruanos, nos inclinamos con reverencia.